

## Capítulo 4: La posada

Derren agarró el pomo, lo bajó y empujó. El jaleo del interior lo echó para atrás y el olor le transformó el rictus alegre en una mueca agria. Caballo. Serrín. Sudor. A eso olía. Arrugó la nariz y frunció el ceño, pero avanzó con paso decidido.

Se fijó en un hueco libre en una de las mesas hechas con tablas en una esquina. Un buen sitio, discreto y cuya vista abarcaba prácticamente todo el local. Pasó junto a otras mesas ocupadas por caras rojas y barbas salpicadas, en medio del alboroto de las conversaciones punteadas por risas desvergonzadas, el ruido metálico de las cucharas y el sordo sonido de las jarras al chocar y rociar de espuma la comida. Al pasar por la barra, señaló la enorme olla llena de callos y pidió educadamente un poco de vino caliente.

La banqueta se hundió cuando posó el trasero sobre ella. Él también debía de oler bastante mal, por cómo se separó el tipo que se sentaba a su lado. O quizá fuera por su aspecto. Su pelo era un enmarañado matorral color rama, decorado con volutas de barro seco que hacían de fruto. Una cicatriz atravesaba su frente en diagonal, deteniéndose en la ceja derecha. Su rostro pálido estaba manchado de sangre seca que ni se había molestado en lavar. Bien sabía que su nariz torcida no era agradable a la vista, y a menudo tenía que esforzarse para que sus ojos marrones no miraran con hostilidad. Estaba cansado y hambriento. Y en esas condiciones nunca es fácil sonreír.

Cuando llegó la cazuela, agarró el cucharón y empezó a comer como si le fuera la vida en ello, ignorando totalmente la jarra de vino humeante. Tragaba los callos casi sin masticarlos y la salsa le acariciaba cálidamente la garganta proporcionándole un placer de lo más primario. Por fin, cuando se sintió colmado, decidió arquear sus labios en un simulacro de sonrisa.

– Perdonad mis modales, buen hombre, he tenido un largo y fatigoso viaje, como habréis podido constatar vos mismo.

¿Qué hacía hablando así en una taberna de mala muerte? Los dos hombres que tenía más cerca se volvieron hacia él. Lo miraron como si fuera un bufón en medio de una batalla naval. A su lado, un caballero de cara cerduna y oronda barriga. Enfrente, un anciano flaco y encorvado, de rostro enjuto y con cuatro pelos blancos en la barbilla.

– No te preocupes, cazador –musitó el gordo de al lado.

– No hay nada como el vino caliente después de un largo y fatigoso viaje –dijo el viejo que tenía en frente, alzando su jarra.

Derren asintió e hizo lo mismo. No podía estar más de acuerdo. Ambas jarras chocaron y una tercera, sostenida por el gordinflón, hizo ademán de acercarse. Derren chocó su jarra de nuevo con vigor. Quizá demasiado, pues el seboso pareció sorprenderse. Todos bebieron. A continuación, el anciano abrió la boca nuevamente.

– Llegas un poco tarde... Esta semana ya han aparecido una docena de tipos como tú. Ayer mismo estuvieron aquí dos de tus colegas. Un tostado y un calvo. Adorable pareja. No sabía que los tostados también pudieran ser cazadores.

– Cualquiera que pase la prueba puede ser cazador. ¿Una docena, dices?

– Ajá –asintió–. Los últimos en llegar partieron esta mañana hacia los Colmillos. Probablemente ya estén muertos. Desde que apareció ese condenado monstruo, ya nadie se atreve a adentrarse. Los leñadores están sin trabajo y las chimeneas se mueren de asco. Mientras tanto... el vino nos calienta. La taberna es un valor seguro.

– Suerte que el verdadero frío no haya llegado todavía. ¿Alguien de aquí ha visto a ese monstruo?

– No, solo sus obras de arte.

– Entonces, alguien ha debido de ir a buscarlas para traerlas y que las vierais.

– Sí, al principio –intervino el gordo.

– Los hombres de Gobb se adentraron varias veces a explorar para ver por qué muchos aldeanos ya no volvían –prosiguió el más hablador, con la voz rasgada–. Encontraron algún que otro cadáver y lo trajeron para que Biken, nuestro docto sanador, les echara un ojo. Al final todos descubrimos con horror los putrefactos restos de nuestros vecinos. Todos tenían algún aguijón clavado, la piel agrietada y manchas violáceas por todo el cuerpo. La mitad de sus hombres siguen ahí, en algún lugar de los Colmillos, pudriéndose seguramente. En el barro o en el estómago del monstruo.

Derren sopesó aquellas palabras. Sorbió un poco más de su jarra, pues le habían dicho que la uva era buena para aguzar la mente.

– Lo llaman libélula. Alguien ha tenido que verlo –insistió.

– Los soldados que regresaron cuentan que vieron una sombra gigantesca sobrevolarlos. Una sombra en forma de libélula. Algunos dicen que tenía pinzas de escarabajo, otros hablan de colmillos como los de los mamuts, algunos incluso mencionaron astas de toro en la cabeza –el anciano se encogió de hombros–. Ya sabes cómo somos, nos gusta hablar de lo que vemos, pero más de lo que nunca hemos visto.

– ¿No ha vuelto ningún cazador aún?

El gordo bajó la mirada que dirigió a su propia jarra, cohibido. El anciano encorvado negó con la cabeza.

– Desde que llegó el primero, un gigantón de la Meseta hace como una semana, ninguno ha vuelto a esta aldea.

Entonces se formó un corto silencio en la zona, envuelto en el jaleo general de la taberna. Pero Derren descubrió en esa mudez el miedo que tan mal escondían los rostros de los dos aldeanos. Le gustaba esa parte de su trabajo: liberar a la gente del miedo. ¿Qué docto sanador era capaz de eso? No había médico en todo Edalom capaz de hacer algo así. Pero él podía ayudarlos. Podía alejar el miedo de esa aldea. Y lo haría.

– Dígame, cazador, ¿cuánto vale su vida? –preguntó el gordo en un lance de curiosidad.

– Tres mil escudos de plata.

Ninguno de los dos se sorprendió al oír la cifra. Cosa extraña, pensó Derren. Estaba seguro de que ninguno de ellos sabía contar hasta tres mil. Dedujo que seguramente habrían hablado del tema con sus compañeros de viaje el día anterior.

– Algunos se adentraron por menos. Que yo sepa, en el infierno no hay nada que comprar.

– ¿Qué te hace pensar que están muertos? Los cazadores no somos como los hombres de Gobb. Si hay doce como yo en ese bosque... créeme, esa libélula tiene las horas contadas.

El vino caliente le había sentado bien, aunque no mejor que los callos. Notaba sus fuerzas renovadas, pero no lo suficiente como para retrasar mucho más el momento de irse al catre. Acudió al posadero transmitiéndole cuan rica le había parecido la cena y le pidió una habitación, esperando una pequeña rebaja.

Al atravesar la sala de nuevo, junto con el posadero y su manojito de llaves, llegaron a sus oídos las palabras de una conversación ajena.

– Tiene los ojos de varios colores. ¡Dicen que cuando arden las llamas se vuelven negras y de su cuerpo salen cuervos! La quema es mañana por la mañana. ¡Ven, será divertido!

– No sé... Quizá sea peligroso... No creo que se deje prender fuego así, por las buenas. ¿Y si nos maldice a todos?

Se sintió tentado de pararse y preguntar, pero decidió que ya lo vería a la mañana siguiente. Quemar... Había visto demasiadas. Y lo único que se ennegrecía era la piel, no las llamas.